

había oído, dice, que tomó el libro, y comenzó á leer por él; y allí le infundió Dios una tan grande luz, que dejadas todas las cosas del mundo, se entregó del todo á servirle.

TRATADO SEXTO.

DE LA PRESENCIA DE DIOS.

CAPÍTULO I.

De la excelencia de este ejercicio, y de los bienes grandes que hay en él.

Querite Dominum, et confirmamini: querite faciem ejus semper. Psalm. CIV. Buscad á Dios con fortaleza y perseverancia, dice el profeta David: buscad siempre su faz. La faz del Señor dice san Agustín (1) que es la presencia del Señor; y así buscar la faz del Señor siempre, es andar siempre en su presencia, convirtiéndolo el corazón á él con deseo y con amor. Esiquio en la centuria última (tráelo también san Buenaventura) (2) dice, que andar siempre en este ejercicio de la presencia de Dios, es comenzar á ser acá bienaventurados; porque la bienaventuranza de los Santos consiste en ver á Dios perpétuamente, sin jamás perderle de vista. Pues

(1) August. sup. Psalm. CIV.

(2) Bonav. tom. 2, opusc. lib. 2 de prof. Relig. cap. 20.

ya que en esta vida no podemos ver á Dios claramente, ni como él es, porque eso es propio de los bienaventurados; á lo menos imitémosles á nuestro modo, según lo sufre nuestra fragilidad, procurando estar siempre mirando, respetando y amando á Dios; de manera que así como Dios nuestro Señor nos crió para estar eternamente delante de él en el cielo, y gozarle; así quiso que tuviésemos acá en la tierra un retrato y ensayo de aquella bienaventuranza, andando siempre delante de él, mirándole y reverenciándole, aunque á oscuras.

Videmus nunc per speculum in enigmate; tunc autem facie ad faciem.

II ad Cor. XIII. Ahora miramos y vemos á Dios por la fe, como por espejo; después lo veremos descubiertamente y cara á cara. *Ista est meritum, illa premium:* Aquella vista clara, dice Esiquio, es el premio, y la gloria y bienaventuranza que esperamos; esta otra oscura es mérito por donde habemos de venir á alcanzar aquella; pero al fin en nuestro modo imitemos á los bien-

aventurados, procurando nunca perder á Dios de vista en las obras que hacemos. Así como los santos Ángeles que son enviados en nuestra ayuda para guardarnos y defendernos, de tal manera se ocupan en estos ministerios, que nunca pierden de vista á Dios, como dijo el ángel Rafael á Tobías: *Videbar quidem vobiscum manducare; sed ego cibo invisibili, et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor,* Tob. XII: Parecía que estaba comiendo y bebiendo con vosotros; pero yo uso de otro manjar invisible, y de otra bebida que no puede ser vista de los hombres: estánse sustentando de Dios: *Semper vident faciem Patris mei, qui in caelis est.* Matth. XVIII. Así nosotros, aunque comamos y bebamos, tratemos y negociemos con los hombres, y parezca que nos ocupamos y entretenemos en eso, habemos de procurar que no sea ese nuestro manjar y entretenimiento, sino otro invisible que no ven los hombres; que es estar siempre mirando y amando á Dios, y haciendo su santísima voluntad.

Grande fue el ejercicio que los Santos y aquellos Patriarcas antiguos tuvieron de andar siempre en la presencia de Dios: *Providebam Dominum in conspectu meo semper; quoniam à dextris est mihi ne commovear.* Psalm. XV. No se contentaba el real Profeta con alabar á Dios siete veces al día, sino siempre procuraba tener á Dios presente: era tan continuo este ejercicio

en aquellos Santos, que era también su común lenguaje: *Vivit Dominus, in cujus conspectu sto.* III Reg. XVII; IV Reg. IV. Vive el Señor, en cuyo acatamiento estoy. Son grandes los bienes y provechos que se siguen de andar siempre delante de Dios, considerando que nos está mirando; y por eso lo procuraban tanto los Santos, porque basta esto para andar uno muy concertado y muy compuesto en todas sus obras. Sino decídme: ¿Qué siervo hay, que ante los ojos de su señor no ande muy justo? Ó ¿qué siervo hay tan atrevido, que en presencia de su señor no haga lo que le manda, ó se atreva á ofenderle en su cara? ¿Y qué ladrón hay que se atreva á hurtar, viendo que el juez le está mirando á las manos? Pues Dios nos está mirando, que es nuestro juez, y es todopoderoso, pues puede hacer que se abra la tierra, y trague el infierno al que le enojare, y lo ha hecho algunas veces; ¿quién se atreverá á enojarle? Y así decía san Agustín (1): Cuando, Señor, yo considero con atención que me estais mirando siempre, y velando sobre mí de noche y de día con tantos cuidados, como si en el cielo y en la tierra no tuviérais otra criatura que gobernar, sino á mí solo: cuando considero bien que todas mis obras, pensamientos y deseos están patentes y claros delante de tí, todo me lleno de temor y me cubro de ver-

(1) August. cap. 14 Soliloq.

güenza. Ciertamente grande obligación nos pone de vivir justa y rectamente, considerar que hacemos todas las cosas delante de los ojos del Juez que todo lo mira, y á quien nada se puede encubrir. Si acá la presencia de un hombre grave nos hace estar compuestos, ¿qué será la presencia de Dios?

San Jerónimo, sobre aquello que dice Dios de Jerusalem por el profeta Ezequiel, cap. xxii, *Meique oblita es*: Te has olvidado de mí, dice: *Memoria enim Dei excludit cuncta flagitia*: La memoria de Dios despide todos los pecados: lo mismo dice san Ambrosio (1). Y en otra parte dice san Jerónimo: *Certe, quando peccamus, si cogitaremus Deum videre, et esse presentem, numquam, quod ei displiceret, faceremus*: Es tan eficaz medio la memoria de Dios, y el andar en su presencia, que si considerásemos que Dios está presente y nos está mirando, nunca nos atreviéramos á buscar cosa que le desagradase. Á Tais la pecadora esto le bastó para dejar su mala vida, é irse al yermo á hacer penitencia, como dijimos arriba, *trat. 5, c. 16*. Decía el santo Job: *Nonne ipse considerat vias meas, et cunctos gressus meos dinumerat?* Estáme Dios mirando, como testigo de vista, y vame contando los pasos; ¿quién se ha de atrever á pecar ni hacer cosa mal hecha? Por el con-

(1) Ambros. lib. de fide resur. tom. 4; Hieronym. Ezech. xviii circa illud: Dicunt enim: Non videbit Dominus nos.

trario, todo el desorden y perdición de los malos nace de no acordarse que está Dios presente, y les está mirando, conforme á aquello que tantas veces repite la Escritura divina en presencia de los malos: *Et dixisti: Non est, qui videat me*. Isai. XLVII. *Et non videbit novissima nostra*, Jerem. XII; y así lo notó san Jerónimo sobre el capítulo xxii de Ezequiel, donde reprendiendo el Profeta á Jerusalem de muchos vicios y pecados que tenía, viene á resumir, que la causa de todos ellos era porque se habían olvidado de Dios: y la misma causa da en otros muchos lugares de la Escritura. Así como un caballo sin freno, y un navío sin gobernalle, se va á despeñar y perder, así quitado este freno, se va el hombre tras sus apetitos y pasiones desordenadas. *Non est Deus in conspectu ejus: inquinatae sunt viae illius in omni tempore*, Psalmo IX, dice el profeta David: No trae á Dios delante de sus ojos, no le mira presente delante de sí; y por eso sus caminos, que son sus obras, están manchados con culpas en todo tiempo.

El bienaventurado san Basilio en muchas partes (1) el remedio que da para todas las tentaciones y trabajos, y para todas las cosas y ocasiones que se pueden ofrecer, es la presencia de Dios; y así si quereis un medio breve y compendioso para alcanzar la perfección,

(1) Basil. in reg. brev. et in reg. fusiis disputatis.

que contenga y encierre en sí la fuerza y eficacia de todos los otros medios, este es: por tal se le dió Dios á Abrahan: *Ambula coram me, et esto perfectus*. Genes. xvii. Anda delante de mí, y serás perfecto. Aquí, como en otros lugares de la sagrada Escritura, se toma imperativo por futuro, para encarecer la infalibilidad del suceso: es tan cierto que seréis perfecto, si andais siempre mirando á Dios, y advirtiéndole que él os está mirando, que desde luego os podeis dar por tal: porque así como las estrellas, del aspecto del sol que tienen presente y á quien miran sacan luz para resplandecer dentro y fuera de sí, y virtud para influir en la tierra; así los varones justos, que son como estrellas en la Iglesia de Dios, del aspecto de Dios, de mirarle presente, y convertir su pensamiento y deseo á él, sacan luz con que en lo interior que ve Dios resplandecen con verdaderas y sólidas virtudes, y en lo exterior que ven los hombres resplandecen con toda decencia y honestidad, y sacan virtud y fuerza para edificar y aprovechar á otros. No hay cosa en el mundo que declare tan al propio la necesidad que tenemos de estar siempre en la presencia de Dios, como esta. Mirad la dependencia que tiene la luna del sol, y la necesidad que tiene de estar siempre delante de él: la luna de sí no tiene claridad, sino la que recibe del sol segun el aspecto

con que le mira; y obra en los cuerpos inferiores segun la claridad que recibe del sol; y así crecen y menguan sus efectos, conforme la creciente y menguante de ella: y cuando alguna cosa se pone delante de la luna que le estorbe el aspecto y vista del sol, luego en este punto se eclipsa, y pierde su claridad y resplandor, y con ella tambien mucha parte de la eficacia de obrar que tenia mediante la luz; de la misma manera pasa en el alma con Dios, que es su sol.

Por esto los Santos nos encomiendan tanto este ejercicio. San Ambrosio y san Bernardo (1), tratando de la continuacion y perseverancia que habemos de tener en esto, dicen: *Sicut nullum est momentum, quo homo non utatur, vel fruatur Dei bonitate, et misericordia, sic nullum debet esse momentum, quo eum presentem non habeat in memoria*: Así como no hay punto ni momento en el cual el hombre no goce de la bondad y misericordia de Dios, así no ha de haber punto ni momento en el cual no tenga á Dios presente en su memoria. Y en otra parte dice san Bernardo: *In omni actu, vel cogitatu suo, sibi Deum adesse memoretur, et omne tempus, quo de ipso non cogitat, perdidisse se computet*. In Spec. Mon. En todas sus obras y en todos sus pensamientos ha de procurar el religioso acordarse que tiene á Dios

(1) Ambros. lib. de dignit. condit. humanæ, t. 2; Bernard. cap. 6 meditat.

presente, y todo el tiempo que no piensa en Dios le ha de tener por perdido. Nunca se olvida Dios de nosotros; razon será que nosotros procuremos nunca olvidarnos de él. San Agustin sobre aquello del salmo xxxi: *Firmabo super te oculos meos*, dice: *Non à te auferam oculos meos; quia et tu non auferis à me oculos tuos*: No apartaré, Señor, mis ojos de Vos; porque Vos nunca apartais los vuestros de mí: siempre los tendré fijos y firmes en Vos, como decia el Profeta: *Oculi mei semper ad Dominum*. Psalmo xxiv. San Gregorio Nazianceno dice: *Non tam saepe respirare, quam Dei meminisse, debemus*. In l oration. theol. Tan á menudo y tan frecuente ha de ser el acordarnos de Dios, y aun mas, que el respirar: porque así como tenemos necesidad de respirar para refrescar el corazon y templar el calor natural; así tenemos necesidad de acudir á Dios con la oracion para refrenar el ardor desordenado de la concupiscencia, que nos está estimulando é incitando á pecar.

CAPÍTULO II.

En qué consiste este ejercicio de andar siempre en la presencia de Dios.

Para que mejor nos podamos aprovechar de este ejercicio, es menester que declaremos en qué consiste. En dos puntos consiste,

que es en dos actos; uno del entendimiento, otro de la voluntad. El primer acto es del entendimiento, que ese siempre se requiere y presupone para cualquier acto de la voluntad, como enseña la filosofía. Pues lo primero ha de ser con el entendimiento considerar que Dios está aquí y en todo lugar, que llena todo el mundo, y que está en todo, y todo en cualquier parte, y en cualquier criatura por pequeña que sea: hacer un acto de fe; porque esa es una verdad que nos propone la fe, para que la creamos. *Non enim longe est ab unoquoque nostrum; in ipso enim vivimus, et movemur, et sumus*, Actor. xvii, dice el apóstol san Pablo: No habeis de imaginar á Dios como de léjos de vos ó como fuera, porque está dentro de vos. Decia san Agustin (1): Buscaba yo, Señor, fuera de mí al que tenia dentro de mí: dentro de vos está; mas presente, y mas íntima é intrínsecamente está Dios en mí, que yo mismo: en él vivimos, y nos movemos y tenemos el ser: él es el que da vida á todo lo que vive, y el que da fuerza á todo lo que algo puede, y el que da el ser á todo lo que es; y si él no estuviese presente sustentando las cosas, todas dejarían de ser y se volverían en nada. Pues considerad que estais todo lleno de Dios, cercado y rodeado de Dios, nadando en Dios. Aquel *Plena est omnis terra gloria ejus*, Isai. vi, son muy

(1) August. lib. 10 Confess. cap. 27.

buenas palabras para esto: Llenos están los cielos y la tierra de su gloria.

Algunos para ayudarse mas en esto, consideran todo el mundo lleno de Dios, como lo está, é imaginanse á sí en medio de este mar infinito de Dios, cercados y rodeados de él, de la manera que estaria una esponja en medio de la mar toda empapada y llena de agua, y fuera de eso cercada y rodeada de agua por todas partes: y no es mala comparacion para nuestro corto entendimiento, pero queda muy corta, no llega, ni con mucho á declarar lo que decimos; porque esa esponja en medio de la mar, si sube arriba, halla cabo, y si baja á bajo, halla suelo, y si va á un lado ó á otro, halla término; pero en Dios no hallaréis nada de eso: *Si ascendero in Caelum, tu illic es: si descendero in infernum, ades: si sumpsero pennas meas diluculo, et habitavero in extremis maris, etenim illuc manus tua deducet me, et tenebit me dextera tua*. Psalm. cxxxviii. Si subiere al cielo, allí estais Vos, Señor; y si bajare hasta al infierno, tambien; y si tomare alas y pasare de esa otra parte del mar, allá me llevará y tendrá vuestra mano poderosa: no hay cabo ni término en Dios, porque es inmenso é infinito. Y mas: que la esponja, al fin, como es cuerpo, no puede ser del todo penetrada del agua, que es otro cuerpo; mas nosotros en todo y por todo somos penetrados de Dios,

que es puro espíritu. Pero al fin, estas y otras semejantes comparaciones, aunque cortas, ayudan y son buenas para que entendamos en alguna manera la inmensidad infinita de Dios; y como está presente, é íntimamente, dentro de nosotros y en todas las cosas; y para eso las trae san Agustin, in *epist. 56 ad Dordandum, et l. 7 Confess. c. 5*.

Empero hase de advertir en este ejercicio, que para esta presencia de Dios no es menester formar concepto ni representacion alguna de Dios con la imaginacion, fingiendo que está aquí á nuestro lado ó en otra parte señalada, ni que le imaginemos con tal forma ó figura. Algunos hay que imaginan delante de sí ó á su lado á Jesucristo Señor nuestro que anda con ellos, y los está siempre mirando en todo lo que hacen, y de esa manera andan siempre en la presencia de Dios; y de estos, unos imaginan delante de sí á Cristo crucificado, otros atado á la columna, otros en la oracion del huerto sudando gotas de sangre, otros en otro paso de la pasion, ó en algun misterio gozoso de su vida santísima, conforme á lo que mas mueve á cada uno; ó una temporada le imaginan en un paso, y otra en otro: y aunque esto es muy bueno, si se sabe hacer; pero, comunmente hablando, no es lo que nos está mejor á nosotros; porque todas estas figuras é imaginaciones de cosas corporales cansan, fatigan y quie-

bran mucho las cabezas. Un san Bernardo y un san Buenaventura debian de saber hacer eso de otra manera que nosotros, y hallaban en ella mucha facilidad y descanso; y así se entraban en aquellos agujeros de las llagas de Cristo, y dentro de su costado; y aquella era su guarda y su refugio y descanso, pareciéndoles que oían aquellas palabras del esposo en los Cantares, cap. II: *Surge, amica mea, speciosa mea, et veni, columba mea, in foraminibus petrae, in caverna maceriae*. Otras veces imaginaban el pié de la cruz hincado en su corazón, y estaban recibiendo en su boca con grandísima dulzura aquellas gotas de sangre que corrían y manaban de las fuentes del Salvador: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris*. Isai. XII. Aquellos Santos hacían muy bien eso, y hallábanse muy bien en ello; pero si vos quereis andar todo el día con esas consideraciones y con esa presencia de Dios, podrá ser que por un día ó un mes que andéis de esa manera, perdáis todo el año de oración; porque os quebraréis la cabeza en eso.

Veráse bien cuánta razón tenemos de advertir esto; porque aun para hacer la composición de lugar, que es uno de los preámbulos de la oración con que nos hacemos presentes á lo que tenemos de meditar, imaginando que realmente pasa aquello delante de nosotros, advierten los que tratan de oración, que no ha de ahincar

uno mucho la imaginación en la figura y representación de estas cosas corporales que piensa; porque no se quiebre la cabeza, y por otros inconvenientes de ilusiones que suele haber en ello. Pues si para un preámbulo de la oración, que se hace tan brevemente, y estando uno sosegado y de espacio, sin tener otra cosa en que entender, es menester tanto aviso y recato; ¿qué será querer todo el día, y en medio de tantas ocupaciones conservar esa composición? Pero esta presencia de Dios, de que ahora tratamos, excluye todas estas imaginaciones y consideraciones, y está muy lejos de ellas; porque ahora tratamos de la presencia de Dios en cuanto Dios, que lo primero no es menester fingir que está aquí, sino creerlo, porque así es la verdad. Cristo Señor nuestro en cuanto hombre está en el cielo, y en el santísimo Sacramento del altar; pero no está en todo lugar; y así cuando imaginemos presente á Cristo en cuanto hombre, es imaginación que nosotros fingimos; pero en cuanto Dios está aquí presente, y dentro de mí y en todo lugar: todo lo llena: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum*. Sapient. I. No tenemos menester fingir lo que no es, sino actuarnos en creer lo que es. Lo segundo, la humanidad de Cristo puede imaginarse y figurarse con la imaginación, porque tiene cuerpo y figura; pero Dios, en cuanto Dios, no se puede imaginar y figurarse cómo

mo es; porque no tiene cuerpo ni figura, que es puro espíritu: aun ni á un Ángel, ni á nuestra propia alma podemos imaginar cómo es, porque es espíritu: ¿cuánto menos podremos imaginar ni hacer concepto de cómo es Dios?

Pues ¿cómo tenemos de considerar á Dios presente? Digo, que no más que haciendo un acto de fe, presuponiendo que Dios está aquí presente, pues la fe nos lo dice, sin querer saber cómo ni de qué manera, como dice san Pablo que hacia Moisés: *Invisibilem tanquam videns sustinuit*. Ad Hebr. c. XI. Á Dios, que es invisible, le consideraba y tenía presente, como si le viera, sin querer saber ni imaginar cómo es, sino como cuando uno está hablando con su amigo de noche, sin reparar en cómo es, ni acordarse de eso, sino solamente gozándose y deleitándose con la conversación y presencia de su amigo, que sabe que está allí presente; de esa manera tenemos de considerar nosotros á Dios presente: bástanos saber que está aquí nuestro amigo para gozar de él: no os pareis á mirar cómo es; que no acertaréis, porque es de noche ahora para nosotros: esperad que amanezca; y cuando venga la mañana de la otra vida, entonces se descubrirá, y le podremos ver claramente como es: *Cum apparuerit, similes ei erimus; quoniam videbimus eum, sicuti est*. I Joan. III. Por eso se le apareció Dios á Moisés en la niebla y oscuridad, para que

no le veais, sino solamente creais que está presente. Todo esto que tenemos dicho pertenece al primer acto del entendimiento que se ha de presuponer; pero es menester advertir, que lo principal de este ejercicio no consiste en esto: porque no solamente se ha de ocupar el entendimiento mirando á Dios presente, sino también se ha de ocupar la voluntad, deseando y amando á Dios, y uniéndose con él; y en esos actos de la voluntad consiste principalmente este ejercicio, de lo cual trataremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

De los actos de la voluntad en que consiste principalmente este ejercicio, y cómo nos tenemos de ejercitar en ellos.

San Buenaventura en su mística Teología dice (1), que los actos de voluntad, con que en este santo ejercicio tenemos de levantar el corazón á Dios, son unos deseos encendidos del corazón, con que el alma desea unirse con Dios, con perfecto amor: unos afectos inflamados, unos suspiros vivos de las entrañas con que llama á Dios: unos movimientos piadosos y amorosos de la voluntad con que como con alas espirituales se extiende y levanta hacia arriba, y se va

(1) S. Bonavent. via 2 et 3, epist. 15 memoria, cap. 22.